

"MOMENTO DE CRISIS: LA REPRESENTACIÓN DE LA MASCULINIDAD EN LA LITERATURA MODERNISTA ESTADOUNIDENSE"

Dra. Teresa Requena Pelegrí

Universitat de Barcelona

teresa_requena@ub.edu

PALABRAS CLAVE: masculinidad, estados unidos, modernismo, generación perdida.

RESUMEN:

En el período modernista (1914-1945) los cambios históricos y sociales se suceden con asombrosa rapidez. La ciencia y la tecnología avanzan a una velocidad sin precedentes y Estados Unidos comienza el nuevo siglo XX iniciando el camino de la consolidación como potencia mundial mientras que en poco tiempo habrá participado en dos guerras mundiales; vivido una de las décadas más contradictorias en tanto que aunó espíritus progresistas y conservadores -la de los 20- y atravesado una de las crisis económicas y sociales más devastadoras que tuvo su punto de partida en el crack del 29.

La construcción de diferentes masculinidades en el período modernista se llevó a cabo con el telón de fondo de tales transformaciones culturales y sociales a la vez que estableció una relación compleja con la paralela erupción de diferentes modelos de feminidad que no hicieron sino que cuestionar la histórica invisibilidad de los valores que conformaban la construcción del género. En dicho contexto, escritores como por ejemplo, F. S. Fitzgerald o Ernest Hemingway, entre otros, redefinieron o bien

confirmaron la construcción social de la masculinidad desde perspectivas muy diferentes.

Desde finales de los años 70, campos de investigación diversos como son la filosofía, la sociología, la psicología o la filología han sistematizado el estudio de las masculinidades como parte integrante de los consolidados estudios de género y han puesto énfasis en mostrar los mecanismos por los cuales las masculinidades -al igual que las feminidades- responden a diferentes construcciones sociales que, vinculadas a momentos históricos determinantes, han determinado el comportamiento tanto de mujeres como de hombres (Carabí y Armengol, 2008: 8). En este sentido, la crítica académica se ha centrado en analizar las variadas construcciones de la masculinidad en diferentes momentos históricos y, entre ellos, el correspondiente al modernismo.

El nuevo siglo XX trae consigo el advenimiento y la consolidación del modernismo literario en Estados Unidos. En el contexto de grandes cambios históricos, culturales y sociales, éste es un momento clave en el estudio de la construcción del género y, por lo tanto, en el análisis de las masculinidades en Estados Unidos. De hecho, es entre las décadas de 1890 y 1920 donde podemos hallar el momento decisivo en la irrupción del género como categoría moderna. Es entre dichas décadas cuando toma consistencia la diferenciación y la definición de realidades que pasan a tener una nomenclatura específica como son la masculinidad y la feminidad. Como

explica Forter, tal hecho coincide con una transición desde el capitalismo competitivo hacia el capitalismo del monopolio, hecho que conlleva un momento de crisis, de cambio en las nociones tradicionales en relación con el género (Forter, 2006: 293).

La experiencia de ser un hombre y la manera en que dicha experiencia ha estructurado las vidas de los hombres, las organizaciones o las instituciones es el objeto de análisis de uno de los textos fundacionales del análisis de las masculinidades en Estados Unidos, el texto de Michael Kimmel *Manhood in America*. Según Kimmel, los hombres no gozan de una historia como "hombres" y por este motivo, en *Manhood in America*, Kimmel se propone dos objetivos básicos, la definición de la masculinidad como concepto cambiante a través del tiempo y el análisis de las maneras en que dicha experiencia ha influenciado las actividades de los hombres estadounidenses. En este sentido, Kimmel ha puesto claramente de manifiesto que aquello que se etiqueta como "masculino" en un período concreto es una categoría contingente y sometida a la continua revisión histórica (Forter, 2006: 293).

Así, la masculinidad no emerge desde la constitución biológica sino que se crea en la cultura, tal y como el feminismo en relación con el análisis de la construcción del género habían ya puesto de manifiesto. De hecho, la búsqueda de una definición de masculinidad trascendente y eterna es un fenómeno sociológico, ya que se tiende a buscar lo eterno y trascendente en los momentos de crisis, en esos momentos de transición en los que definiciones antiguas ya no existen y las nuevas definiciones quedan todavía por estar firmemente establecidas (Kimmel, 2006: 3). Por este motivo, tal y

como argumenta Kimmel, cualquier historia de la masculinidad debe tomar en consideración dos historias diferentes. Por un lado, el cambio, la evolución del "ideal" de masculinidad y por otro, las versiones paralelas y en conflicto que existen al mismo tiempo (Kimmel, 2006: 4). Según Kimmel, la idea recurrente de probar y poner a prueba la masculinidad se convirtió en una de las experiencias centrales y recurrentes en las vidas de los hombres estadounidenses a lo largo de la historia (Kimmel, 2006: 1) y de hecho, esa búsqueda de la masculinidad, es decir el esfuerzo por conseguir y demostrar probar la masculinidad ha sido una de las experiencias persistentes en las vidas de los hombres estadounidenses (Kimmel, 2006: 3).

En el ámbito concreto del modernismo estadounidense, el nuevo siglo XX se inicia con diferentes factores que conforman un panorama social de incertidumbre. Por un lado, la percepción general sobre la feminización de Estados Unidos, aspecto que Ann Douglas, por ejemplo, analiza extensamente en su libro de referencia, *The Feminization of American Culture* y que Kimmel también analiza. Por otro lado, la percepción es de una pérdida de vitalidad cultural y de virilidad nacional, aspecto que conlleva que el ámbito laboral se convierta en una fuente de incertidumbre (Kimmel, 2006: 80). Frente a tal incertidumbre, y tomando en cuenta el contexto de crisis finisecular, la demostración de la masculinidad se convierte en una necesidad, una prueba indispensable de que existe una noción contrapuesta a la feminización de la sociedad. Es en este momento en que categorías como el género o conceptos como la homosexualidad se convierten en categorías visibles, y así la noción de "masculinity" viene a sustituir el término de "manhood" y se contrapone al de feminidad, aspectos que en el siglo XIX

habían ya sido canalizados bajo las nociones de "la separación de esferas" y que a finales de siglo adquieren una nueva dimensión. Como explica Kimmel,

Manhood had been understood to define an inner quality, the capacity for autonomy and responsibility, and had historically been seen as the opposite of *childhood*. Becoming a man was not taken for granted; at some point the grown-up boy would demonstrate that he had become a man and had put away childish things. At the turn of the century, *manhood* was replaced gradually by the term masculinity, which referred to a set of behavioral traits and attitudes that were contrasted now with a new opposite, *femininity*. Masculinity was something that had to be constantly demonstrated, the attainment of which was forever in question-lest the man be undone by a perception of being too feminine. Masculinity required proof, and proof required serious effort, whether at the baseball park, the gymnasium, or sitting down to read *Tarzan* or a good western novel. Suddenly, books about the urban 'jungle' or 'wilderness' appeared, which allowed men to experience manly risk and excitement without ever leaving the city-books like Upton Sinclair's classic muckraking exposé of the Chicago meatpacking industry, *The Jungle* (1906), or Robert Wood's work on settlement houses, *The City Wilderness* (1898). Or they could flip through National Geographic (1888 on) to encounter the primitive 'other.' (Kimmel, 2006: 81-82)

Las fuentes de ansiedad deben hallarse en múltiples factores. Por un lado, la masiva llegada de inmigrantes que, como algunas voces sostienen desde la posición nativista, significará supuestamente una reducción de la inteligencia

nacional. Para otros, el desarrollo de las ciudades comportará asimismo una crisis de identidad ya que se convierten en fuente de feminización puesto que éstas agrupan a sus habitantes en masas conformistas que se dirigen a sus trabajos localizados en grandes oficinas que absorben la vitalidad masculina y la dirigen al servicio de las corporaciones.

En el contexto descrito, dos de las voces más significativas del modernismo estadounidense, Ernest Hemingway y F. S. Fitzgerald, escriben textos a la par que simbolizan modelos de nuevas masculinidades. Éste es el caso de Hemingway, autor que representó durante décadas el prototipo de héroe masculino aclamado por la sociedad estadounidense en su condición de amante de los toros, de los safaris en África, glorificador del belicismo o practicante de boxeo. Hombre de personalidad dura, arrolladora y ciertamente controvertida, gozó de una presencia significativa en la esfera pública de manera continuada, aspecto que según diferentes opiniones el escritor persiguió conscientemente.

De hecho, su condición de celebridad ha estado siempre estrechamente unida a la interpretación de sus textos desde la perspectiva biográfica. En concreto, la apertura del fondo Hemingway de la John F. Kennedy Library (<http://www.jfklibrary.org/Research/The-Ernest-Hemingway-Collection.aspx>) en la década de los 80 inspiró la publicación de toda una serie de biografías sobre nuevos aspectos de la vida del escritor. De esta manera, se sumaban elementos hasta el momento desconocidos a la intensidad biográfica del personaje así como a episodios oscuros como por ejemplo, el de su suicidio, que se han prestado de manera recurrente a una interpretación psicoanalítica de su obra.

Otro de los aspectos que más interés ha suscitado en la crítica literaria ha sido el análisis de la construcción del género en los textos del escritor. Dentro de este apartado, pueden hallarse diferentes posiciones al respecto; desde las que, especialmente en la década de los 70, se centraron en analizar el sexismo imperante en la representación de los (escasos) personajes femeninos y su relación con los masculinos, hasta las que en un estadio más reciente se han centrado en poner de relieve aspectos que subyacen en los textos de Hemingway como son la androginia o la homosexualidad. En ambos casos, ha existido y existe una marcada tendencia por vincular, una vez más, dichos aspectos con la biografía del escritor.

En los últimos años, la aplicación del estudio de las masculinidades a la obra de Hemingway ha configurado una nueva dirección en el análisis literario de sus textos. En este sentido, los ámbitos que han sido el foco de atención son, por ejemplo, la obsesión del escritor por someter a sus personajes masculinos a pruebas de masculinidad asociadas con la violencia; la vinculación del conflicto bélico y la violencia con la virilidad; la glorificación de la violencia del toreo -en *Fiesta* (1926), por ejemplo- o el tratamiento de la caza y los safaris como muestras de masculinidad -como en la conocida "Las nieves del Kilimanjaro" (1935).

Quizás Hemingway fue de los escritores de su generación quien de una manera pública ejemplificó una de las maneras de recuperar lo que se consideraba la hombría perdida en el retorno a la bebida, a la caza o al lenguaje rudo o a los duelos. Al igual que ocurrió con el presidente Theodore Roosevelt, Hemingway pasó a representar el retorno de la masculinidad viril

frente a los peligros de la feminización de America. De hecho, muchos de los textos literarios y películas del período muestran un interés por intentar proveer de claves a los hombres y así ayudarlos a lidiar con las presiones existentes a su masculinidad y facilitar diferentes maneras de escapatoria (Kimmel, 2006: 141) en ese momento de desconcierto que significó el período de entre guerras. En este contexto, Hemingway se erige en el gran portavoz de nuevas maneras de consignar una masculinidad que ya no está asociada a formas tradicionales del "self-made man". Como explica Kimmel,

Ernest Hemingway's novels suggest the brittleness and vulnerability of male bonding, even as his impulse is to trust homosocial intimacy, especially when compared with relations with the opposite sex. Personally, Hemingway eschewed the upper-class gentility into which he had been born and embraced a rough-hewn artisanal manhood demonstrated and tested in the most highly ritualized ways-boxing matches, bullfighting, hunting, soldiering. His novels are also always about men's relationships with one another-fathers and sons, battle companions, friends on a fishing trip, fellow patients in a hospital, a couple of waiters preparing a close up shop, a bullfighter and his manager, a boy and a gangster. Only these 'move him to simplicity and truth,' writes Leslie Fiedler, although these men are almost always 'maimed, unmanned, victimized'. (Kimmel, 2006: 141)

Así, la mayoría de los personajes que aparecen en Hemingway responden típicamente a hombres duros, experimentados en los mundos hostiles en los que suelen habitar y obviamente, no muy dados a mostrar su parte más sensible. Así, personajes como Rinaldi o Frederick Henry en *A Farewell to*

Arms, Robert Jordan en *For Whom the Bell tolls*, Harry Morgan the *To Have and Have Not* o el viejo torero de "The *Undefeated*". Si el personaje masculino prototípico no encaja en dicho patrón, éste, tal y como explica Bloom, es un hombre joven que está conociendo el mundo y está aprendiendo a manejarse en él (Bloom, :29). De esta manera, los personajes de Hemingway, típicamente se enfrentan a la derrota o a la muerte y es de dichas situaciones de las que consiguen extraer un código definido de masculinidad. como explica Bloom,

his heroes are not squealers, welchers, compromisers, or cowards, and when they confront defeat they realize that the stance they take, the stoic endurance, the stiff upper lip means a kind of victory. If they are to be defeated they are defeated upon their own terms; some of them have even courted their defeat; and certainly they have maintained, even in the practical defeat, an ideal of themselves – some definition of how a man should behave (Warren, 2005: 29).

Otro de los autores del periodo en el que un análisis de la masculinidad resulta especialmente interesante es F. S. Fitzgerald. Brillante comentarista de las décadas de principio de siglo XX, plasmó de forma brillante las oscuridades de una generación glamorosa primero y angustiada después como resultado del período de entreguerras. Como parte de la cruzada en contra de la feminización de Estados Unidos, Fitzgerald creó personajes masculinos que constantemente buscan reafirmar su masculinidad amenazada. Personajes que se sienten siempre perseguidos por la falta de solvencia económica, los personajes masculinos de Fitzgerald se ven inmersos en las contradicciones de una época de fastos, viajes, dinero y

glamour a la par que de inmensas dificultades económicas. Típicamente, las ficciones de Fitzgerald incluyen al chico pobre que busca a la chica deslumbrante, a personajes masculinos que no pertenecen al mundo del privilegio pero que sin duda aspiran a él (Pelzer, 2000: 30).

Por ejemplo, en *The Great Gatsby* (1926) el protagonista homónimo es el emblema del "self-made man", el modelo de masculinidad consolidado a lo largo del siglo XIX: individualista, centrado en sí mismo e incapaz de establecer relaciones con otras personas. Es el personaje típico de la época en tanto que la ficción del momento muestra constantemente a personajes masculinos que intentan lidiar con fuerzas que les superan (Kimmel, 2006: 142). La manera en que Gatsby intenta controlar dicho escenario conlleva inevitablemente el fracaso del personaje. Así, Gatsby repudia a sus padres por ser ejemplos de fracaso y bajo su sed de ambición se embarca en un viaje de "masculinidad" con Dan Cody, un playboy rico y falto de ética que representa la violencia salvaje característica del viejo oeste. Como afirma Kimmel,

Gatsby's fall is destined by his own illusions about self-making; he is ultimately 'destroyed by an agency which he himself has brought into being.' Gatsby is, perhaps, the era's ultimate Self-Made Man, a compassionate fraud, a hero whose tragic flaw is that he actually believes his own myth of self-creation as the way to realize the American Dream. Gatsby, as Nick puts it, 'sprang from a Platonic conception of himself'; shedding his former identity as Jay Gatz, he 'invented just the sort of Jay Gatsby that a seventeen-year-old-boy would be likely to invent, and to this conception he was faithful to the end'" (Kimmel, 2006: 143).

La fantasía que reina en la vida de Gatsby es igualmente aplicable a la percepción que éste posee de los personajes que le rodean. En concreto, los personajes femeninos, dibujados casi de manera esquemática, forman parte del sueño que rige la historia y funcionan como depredadoras despiadadas.

Otro texto interesante en relación con el análisis de las masculinidades en Fitzgerald lo constituye *Tender is the Night* (1934). En él, el protagonista Richard Diver representa un alter ego del mismo Fitzgerald y es ésta su novela más autobiográfica. Escrito en un momento de crisis personal en el que los espléndidos años de lujo y fiestas han quedado atrás, y en el que Zelda se halla afectada por la enfermedad mental, Fitzgerald construye una autobiografía literaria del esplendor y la decadencia de sus años de matrimonio.

Diver, un psiquiatra reputado y cuya fama profesional está sólidamente establecida, acaba casándose con Nicole Warren, paciente esquizofrénica como resultado de un abuso sexual por parte de su propio padre. La relación entre ambos queda establecida a través de una serie de encuentros en los que Nicole y Diver juegan papeles normativamente establecidos. Él, un psiquiatra reconocido cuya masculinidad normativa y tradicional queda firmemente vehiculada en los primeros capítulos a través del reconocimiento social que le otorga su profesión pública, y ella, la paciente enamorada y típicamente frágil que pone mayor empeño en conseguir una relación con él. Diver es pues, un hombre que goza de una cierta capa de dureza externa, que muestra su capacidad de auto control y auto disciplina, cualidades todas que constituyen sus virtudes centrales (Fitzgerald, 1997: 86). Tras los capítulos iniciales en los que se muestra a un Diver en control de la situación,

la historia se desarrolla cada vez con un mayor grado de dependencia del dinero y del concepto de clase social a la par que una despreocupación de las responsabilidades personales como por ejemplo, los hijos que tienen en común. Así, la excentricidad a la que ambos acceden, fruto de la posición bienestante y del acceso al dinero ilimitado por parte de Nicole -como Daisy en *The Great Gatsby*-, se acentúa de manera progresiva hasta que el libro lleva la trama hacia un *tour de force* -con claras reminiscencias de *The Great Gatsby*- en el que Diver es abandonado por Nicole y por lo tanto, los papeles de dominador y parte sumisa son intercambiados.

Es tema recurrente en los análisis de la obra de Fitzgerald la ausencia de lo que habitualmente se denomina simpatía o un cierto cariño por los personajes femeninos puesto que es habitual que los personajes femeninos de Fitzgerald sean mostrados como seres totalmente "estropeados" por la riqueza material a la par que personajes dotados de una extraordinaria belleza, irresponsables y como característica recurrente, capaces de mostrar una actitud deliberadamente cruel hacia sus parejas masculinas. Dicho aspecto parece corresponder una vez más con la propia biografía de Fitzgerald y Zelda, puesto que tal y como afirma Fedo, "the notion that women are predators, that they are capable of destroying even the men they want most, becomes a central idea in nearly all of Fitzgerald's fiction." (Fedo, 1980, 27). De hecho, en las cartas de Fitzgerald, éste confesó a su hija Scottie que "I decided to marry your mother after all, even though I knew she was spoiled and it meant no good to me. I was sorry immediately I had married her" (citado en Fedo, 1980: 26).

Los personajes masculinos en Fitzgerald, al igual que suele

observarse en relación con Hemingway, están dotados de una mayor caracterización literaria que suele mostrarlos como personajes inseguros, frágiles y abatidos por las aspiraciones y esperanzas truncadas. Son personajes que intentan buscar el sueño que otorgue sentido a su existencia aunque permanecen atrapados en la oposición binaria con los personajes femeninos, recurrentemente idealizados. Si para Gatsby o Diver los personajes femeninos representan el sueño de la América incorrupta y virginal, el sueño se hace añicos ineludiblemente.

A modo de conclusión podemos afirmar que Hemingway y Fitzgerald constituyen dos de las voces en las que los estudios literarios sobre las masculinidades están vertiendo una nueva luz sobre sus textos, puesto que ambos autores reflejan ampliamente la crisis en torno a los diferentes modelos de masculinidades que se gestaron a raíz del cambio al siglo XX. El estudio de textos como los mencionados además del resto de la producción de Hemingway y Fitzgerald complementa el análisis de las masculinidades desde diferentes ámbitos científicos y viene a demostrar la variabilidad del concepto así como los mecanismos de persistencia y deconstrucción de modelos establecidos.

Obras citadas

CARABÍ, A., ARMENGOL, JM (2008) eds., *La masculinidad a debate*,
Barcelona: Icaria.

DOUGLAS, A. (1988) *The Feminization of American culture*, New York:
Anchor Books.

FORTER, Greg. (2006), "F. Scott Fitzgerald, Modernist Studies, and the Fin-
de-Siècle Crisis in Masculinity", *American Literature*, 78 (2):

FITZGERALD, F. S. (1997), *Tender is The Night*, London, Penguin.

KIMMEL, M. (2006), *Manhood in America*, New York: O. U. P.

PELZER, L. (2000), *Student Companion to F. S. Fitzgerald*, Westport,
Greenwood Press.

WARREN, R. P. (2005), "Ernest Hemingway", en Harold Bloom (ed.),
Bloom's Critical Views. Ernest Hemingway, Chelsea House Publishers. 25-
55.